

¿Y ahora quién paga?

Alfredo Acle Tomasini©

La especulación se ha bajado de la economía, y ahora ésta resiente los años del veloz trote. Sus signos vitales pasan de la agitación al descontrol, y poco a poco entran a un aletargamiento cuya profundidad y duración todavía desconocemos. Se ha ido la fuerza que subía los precios de casas, petróleo, cereales, materias primas, y cuyas tendencias eran imposibles de explicar por el solo juego de la oferta y la demanda. Sin embargo, ese empuje se retroalimentaba al generar una ilusión de falsa riqueza que atraía más recursos y servía para remunerar con millonarios bonos y comisiones a los creadores de espejismos.

Qué paradójico que una de las explicaciones de la actual volatilidad del mercado sea la ausencia de los cinco grandes bancos de inversión, ya sea porque quebraron o se han reconvertido en instituciones bancarias plenamente reguladas.

Sorpresivamente, y más para nosotros los mexicanos que no podemos mirar al mañana sino es a través de la ventana de nuestros dogmas, los gobiernos de las naciones industrializadas optaron por el pragmatismo, porque comprendieron que no podían quedarse en actitud contemplativa frente al altar de sus ideologías, ni concebir a sus políticas como fines en sí mismas sino como medios para el desarrollo de sus pueblos, y que como tales, deben ajustarlas a su momento y circunstancia.

Con la mente abierta dejaron atrás el falso dilema entre nacionalización o privatización, entre lo público o lo privado. Gobiernos que habían sido fervientes defensores de la economía de mercado optaron, entre varias medidas, por aportar capital fresco y convertirse en accionistas preferentes de sus principales bancos, por lo que correrán prácticamente los mismos riesgos que sus socios privados. Nadie ve en estas medidas un complot de la izquierda, ni una asociación indigna donde una de las partes quede a merced de la otra, sino como una fórmula práctica de colaboración para mitigar los daños y reiniciar el crecimiento.

Si analizamos la forma como han actuado esas naciones, encontramos aspectos que les dan ventajas sobre nosotros como son: su flexibilidad para tomar decisiones con base en una visión de futuro; su capacidad de reajuste y recuperación para afrontar situaciones inéditas, y; su madurez para no desviar el debate político de lo sustancial hacia lo pirotécnico.

A nosotros nos cuesta trabajo imaginar el futuro y quitarnos de encima mitos que nos entrapan en lejanos pasados, donde paradójicamente, los personajes que veneramos tuvieron una audacia que en nuestro tiempo somos incapaces de replicar; nuestros procesos de decisión son lentos y elaborados al grado que cuando finalmente alcanzamos un acuerdo, los escenarios pueden haberse modificado de manera radical. Basta observar el tiempo que nos ha tomado la reforma energética y lo mucho que ha cambiado el mercado petrolero.

Por último, solemos perdernos en lo accesorio en lugar de concentrarnos en los sustantivos. Una expresión ambigua del Secretario de Hacienda bastó para alborotar el gallinero; “queremos los nombres de los especuladores”, como si el problema del peso se redujera a las pifias de algunas empresas mexicanas, cuando en la práctica – y la información es pública - hay 25 mil millones de dólares de inversión extranjera en la bolsa, que entraron atraídos por la tasa de interés y la estabilidad cambiaria, y que pueden salir cuando estas condiciones dejan de existir, porque en esencia se trata de fondos especulativos. Y esto no es un secreto, sino la realidad de un mundo globalizado del que formamos parte. Nuestro reto es saber jugar con estas reglas.

Por lo anterior no extraña, como todo lo hace parecer, que la reforma energética se concentrará en las cuestiones institucionales, mientras que los problemas de fondo – inversión, productividad y tecnología - seguirán siendo asignaturas pendientes. Y éstas no son buenas noticias, cuando se anticipa un precio decreciente del petróleo y menores remesas de divisas, lo cual pondrá más presión en las finanzas públicas, en la cuenta de capitales y en la problemática social que venimos arrastrando.

Lo vergonzoso no está en que el Estado mexicano se asocie con capitales privados nacionales o extranjeros, sino sentirnos incapaces de asumir una negociación entre iguales para asegurar que costos y beneficios se repartan justamente.

Los dogmas dan de comer al político, pero no alimentan a la población, ni crean recursos, ni resuelven los problemas reales. Sólo queda preguntar ¿y ahora quién paga?